

La evolución en la percepción del personaje del Don Quijote en el libro *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes Saavedra



María José Schamun Vinci

En el presente trabajo, se tratará la percepción de la realidad en el personaje de Don Quijote, a lo largo de la obra *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes, publicada en el año 1605.

A partir del análisis de capítulos seleccionados en base a su importancia para el tema planteado, se desarrollará el tránsito del personaje por distintos estadios de percepción del mundo que lo rodea, y de la decodificación que hace de aquello que percibe.

Comenzando el libro, los primeros capítulos presentan un personaje que mal interpreta los signos de la realidad, para acomodarlos a su concepción del mundo, en la cual éstos cobran dimensiones diferentes para sostener la posición de Don Quijote frente al mundo. De esta forma, los elementos cambian su esencia frente a los ojos del personaje, y se adaptan al mundo de los libros de caballerías, conformando de esta manera una realidad en la cual Don Quijote, como caballero, está “sincronizado” con la realidad.

A medida que la historia avanza, el personaje se enfrenta con percepciones de la realidad diferentes a la suya, y debe lidiar con ellas. En estos trances es cuando, mediante los diálogos con los personajes portadores de la diferencia, deja entrever que el acomodo de los elementos en un esquema diferente es en gran parte consciente, y que no deja de ver en ellos lo que los demás ven también.

Transcurrida la primera mitad del libro, los capítulos centrales muestran un personaje que no difiere en su percepción, de aquellos que lo rodean. Es en el episodio de “Sierra Morena”, donde Don Quijote deja bien en claro su capacidad de ver el mundo tal cual es, y por otro lado, que la causa de su no-ver la realidad, no es otra que su firme

decisión de amoldar el mundo presente al tiempo de oro encarnado en las órdenes de caballería. Sin embargo, pasado este episodio central, su visión del mundo se trastoca nuevamente, esta vez sin dualidad, sin capacidad del personaje de elegir qué creer más que aquello que él cree sus ojos le muestran. Por lo tanto, a partir de los capítulos centrales, Don Quijote pierde la capacidad de discernir la realidad, para caer en una concepción del mundo que da por cierta e indiscutible. Es por esto, que todos los elementos los categoriza ahora a partir de ese mundo en el que está inmerso y del que no puede ya salir. Su visión de la realidad no responde ya a una elección, sino a una incapacidad de ver el mundo tal cual es.

A partir del primer capítulo del libro, Don Quijote comienza a plantear una realidad diferente, basada en el mundo recreado en las novelas de caballerías. Esta realidad se sustenta en su percepción del mundo, en la visión trastornada de la realidad que lo rodea, y de su también equivocada interpretación. A continuación se analizarán capítulos elegidos por su importancia para el desarrollo de este tema.

A partir del capítulo II, se dan muestras de un trastorno en la visión de la realidad. Totalmente inserto en el mundo de las novelas de caballerías, Don Quijote no es capaz de ver el mundo que lo rodea y hacer una correcta lectura de él. Un ejemplo de esta incapacidad, es cuando llegando a la venta no puede reconocerla como tal por no ser este tipo de lugares, espacio que se mencione en las historias de caballeros. De esta forma, todo aquello con lo que se encuentra lo interpreta desde la concepción del mundo que ha creado para sí, ese mundo donde es Don Quijote y no el señor Quijana. De esta manera, la venta no es tal sino castillo (lugar típico de las novelas de caballerías), y esto se extiende a las personas que lo habitan, que no pueden ser ya ventero ni damas, sino castellano y doncellas. Sin embargo, al final del capítulo II, el narrador utiliza la palabra *confirmar*. Esto, aunque es un detalle, informa al lector que el personaje de Don Quijote no poseía hasta entonces una completa convicción acerca de lo que percibía. Sin embargo esta confirmación llega por otra mala lectura de la realidad. De este modo, la duda de que Don Quijote pudiera llegar a interpretar la realidad correctamente se disipa, por la confirmación que no hace otra cosa que completar su mala lectura.

A medida que se avanza en el relato, el personaje de Don Quijote se convence una y otra vez de que la realidad se ajusta a sus expectativas. Se encuentran expresiones como *sin duda*ⁱ, donde se demuestra su incapacidad de dudar de su propia interpretación de la realidad. Más adelante, por medio del narrador, se da a conocer que esa

interpretación de los acontecimientos se basa fundamentalmente en sus ansias de imitar las novelas de caballerías. Por lo tanto, se deja entrever la posibilidad de que Don Quijote no sea incapaz de leer la realidad correctamente, sino que elija hacerlo así para poder imitar los modelos de las historias de caballeros.

Apenas los divisó Don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura; y, por imitar en todo cuanto a él le parecía posible los pasos que había leído en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer” Cervantes, op. cit., p. 64.

De esta manera, las aventuras que Don Quijote buscaría, no serían otra cosa que oportunidades de interpretar el mundo de manera tal, que se ajuste lo más posible a la descripción que de él se da en las novelas de caballería.

Al llegar al capítulo V, nos encontramos con la confirmación de lo que antes esbozáramos. *“Yo sé quién soy – respondió don Quijote - , y sé que puedo ser...”* (Cervantes, op. cit., p. 69). Al encontrarse con un hombre que lo reconoce como el señor Quijana, y no como el caballero Don Quijote, se produce un quiebre donde el personaje, sin embargo, no deja de actuar como antes lo hiciera. Este quiebre se da a partir del párrafo anterior donde el caballero se desdobla y objetiva a sí mismo. Aunque este pasaje refiera fundamentalmente a la configuración del caballero, deja muy en claro que Don Quijote es consciente del mundo que lo rodea. De esta forma, si Don Quijote puede ser el señor Quijana, el mundo que lo rodea puede muy bien no ser lo que él dice, no un castillo sino una venta, no lo que puede ser, sino lo que es. Al reconocer que lo que es y lo que puede ser no coinciden en su misma persona, deja en claro que comprende esta dislocación, y que lo que él ve en el mundo es aquello que puede ser y no lo que es, de la misma forma que elige ser Don Quijote y no el Señor Quijana.

Entrando en el capítulo VIII, se encuentra toda una red de percepciones equivocadas. Sin embargo, prestando atención a las exactas palabras (para él tan importantes) de Don Quijote, se puede distinguir en qué sentido evoluciona su percepción. De esta manera, se puede evaluar hasta qué punto está Don Quijote dentro de su fantasía, por medio de sus diálogos con su compañero Sancho Panza, quien ve la realidad de distinto modo a como la ve Don Quijote. En primer lugar, cuando Sancho cuestiona la interpretación del mundo del caballero, éste no se inmuta, se detiene y le dice: *“Bien parece – respondió don Quijote – que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes,...”* (Cervantes, op. cit. P. 85) Estas palabras pueden ser interpretadas del siguiente modo: Don Quijote resalta que Sancho por no estar *cursado*

en aventuras, no entiende que en un mundo caballeresco no hay lugar para los molinos, sino para los gigantes malvados. Deja en claro cómo debe leerse la realidad y porqué (porque al estar insertos en una historia de aventuras, el mundo debe asemejarse al mundo de las aventuras, y no al de la vida campestre). Lo que hace Don Quijote es situar a Sancho en contexto (su contexto) para que pueda leer la realidad del mismo modo que él. Le dice: en este contexto las cosas son así. Lo que sucede es que al aclarar que las cosas son así por tratarse de un contexto particular (las aventuras de un caballero andante), evidencia (por omisión) que en un contexto diferente las cosas pueden ser vistas de distinto modo. Sin embargo, Don Quijote no lo dice explícitamente sino que deja lugar para la especulación.

Más adelante en el mismo capítulo, es el mismo Don Quijote quien deja en claro que su percepción depende directamente de aquello que piensa. “...cuanto más, que yo pienso, y es así en verdad, ...” (Cervantes, op. Cit. P. 86) De esta forma se establece un vínculo entre lo que él considera como la verdad, y lo que piensa, sin dejar lugar a posibles dudas sobre la interpretación de los hechos. Al vincular el pensamiento con la realidad (por medio de la categoría de verdad), se evidencia el papel que cumple el primero en la decodificación del mundo por parte del personaje: es el elemento fundamental. Es el pensamiento el que inviste la realidad de significado, y es el propio personaje quien lo dice, quien lo hace explícito por medio de sus palabras, por lo cual no puede ignorar lo que sucede. Aun más se evidencia esta conciencia, cuando más adelante menciona la imaginación relacionada con las novelas de caballerías. “...pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel que me imagino; ...” (Cervantes, op. cit., p. 87) Es por esto que tal vez en este punto, su locura no podría fundamentarse en una errada percepción de la realidad, sino más bien en pretender que el mundo responda positivamente a su intento de imposición de una fantasía sobre esa realidad, a fin de conseguir cambiar la una por la otra.

En los capítulos subsiguientes, volvemos a encontrar la imaginación ligada a la interpretación de los hechos.

*Y si no fuese porque imagino...¿que digo imagino?, sé muy cierto,... Cervantes, op.cit. p. 142
...los pensamientos que siempre nuestro caballero traía de los sucesos que a cada paso se cuentan en los libros autores de su desgracia (...) él se imaginó haber llegado a un famoso castillo... Cervantes, op.cit. p. 150*

Ya sea de su boca o de parte del narrador, cobrando especial importancia sus propias palabras, ya que delatarían una percepción distinta a la que manifiesta. Un hecho importante en esta primera fase de la “evolución de su percepción” es el que se encuentra en el capítulo XVII. Es aquí donde por primera vez Don Quijote cree en la percepción ajena. “-Luego ¿venta es ésta? – replicó don Quijote. (...) Engañado he vivido hasta aquí – respondió don Quijote – que en verdad pensé que era castillo...” (Cervantes, op.cit., p. 159, 160.) Sin embargo puede objetarse que si lo hace, es por no quedarle opción al provenir las observaciones de un personaje inmerso en su realidad. Una buena prueba de esto es cuando en el capítulo XXI Don Quijote encuentra el Yelmo de Mambrino. Por medio de sus palabras, se asiste a la contradicción que formula al proponer una posibilidad de interpretación que luego anula, al absolutizar su propia interpretación. Esta secuencia, puede leerse como un intento de imponer un consenso necesario sobre los hechos, no por estar seguro de cómo son las cosas, más por querer estarlo. Así debe absolutizar su percepción porque para que ésta sea válida, no debe haber lugar a dudas. Más adelante en el mismo capítulo, deja en claro que su percepción se asemeja a la de Sancho, y que si no interpreta lo que ve de la misma manera, es tan sólo por la proyección que realiza de su mundo interno en el externo.

De esta manera, se asiste desde el comienzo del libro hasta la aventura de Sierra Morena, a una demostración contradictoria de la percepción de Don Quijote. Si bien por un lado actúa de acuerdo a una interpretación errada de la realidad, sus propias palabras no dejan de delatar una constante conciencia de que todo aquello que se le presenta no es del todo como él mismo quiere creer que es. Sin embargo, esta delación se da en esta parte, por omisión, por aquello a lo que da lugar a pensar con sus palabras, más que por lo que sus palabras dicen.

Al ingresar los personajes en el espacio de Sierra Morena, la percepción de Don Quijote del mundo que lo rodea cambia radicalmente. Ya en el primer diálogo de los personajes de Sancho y Don Quijote, nos encontramos con una de las antes mencionadas contradicciones, “-Paréceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa) (...) - Verdad dices – dijo don Quijote -, y así, no adivino ni doy en lo esto pueda ser, ...” (Cervantes, op. cit., p. 215 y 216) y a pesar de su tajante absolutización, inmediatamente después acepta la explicación de Sancho, aun cuando ésta desmiente la suya. Así, por primera vez, Don Quijote acepta la percepción de Sancho sin necesidad de intercesión de un tercer personaje que desde su realidad fantástica lo convenza. A

partir de esta entrada en la Sierra, y de esta primera aceptación de una realidad diversa a la planteada por él mismo, Don Quijote entra en un estadio en el cual su percepción no discrepará con el sentido común que los demás puedan demostrar, en el cual la fantasía no tratará de imponerse. Los objetos y personajes que encuentra en su camino, ya no son investidos de la naturaleza fantástica de las historias de caballeros, sino que son comprendidos de la misma manera tanto por los personajes como por Don Quijote.

-No hemos encontrado a nadie - respondió don Quijote -, sino a un cojín y a una maletilla que no lejos de este lugar hallamos.

-También la hallé yo – respondió el cabrero... Cervantes, op. cit., p. 219

En el capítulo XXV, se encuentran claros indicios de lo que antes tratáramos como una conciencia “disimulada”. Mientras en los capítulos anteriores, Don Quijote daba muestras de poder percibir la realidad como todos lo hacían, a través de verbos como *imaginar, creer y pensar*, ahora ya no parece recrear su mundo interno en el externo. En los anteriores capítulos, se develaba una segunda visión de la realidad, al notar que los verbos usados por Don Quijote demostraban que sus creencias, pensamientos e imaginación, se sobreponían a lo que veía delante de sí. En los capítulos correspondientes a su estadía en Sierra Morena, esto cambia radicalmente. Ya no se demuestra su capacidad de percibir el mundo tal cual es a través de la omisión que daba lugar a la especulación, sino que el propio personaje lo demuestra directamente. Es de esta manera, como se asiste a la aceptación de que las novelas de caballerías son cuentos (aunque no sea dicho tan directamente). *“La verdad del cuento es que aquel maestro Elisabat...”*(Cervantes, op. cit., p. 232).

Es así como entramos en una etapa de la novela, donde el personaje del caballero, comienza a relativizar sus percepciones, dando lugar a que las interpretaciones de su compañero puedan ser también correctas. Desde luego que en esta interacción, en esta negociación de percepciones, Don Quijote hace funcionar todo su bagaje de conocimientos de las novelas de caballería. Sin embargo, este conocimiento ya no es puesto en primer lugar como algo históricamente veraz, sino como un modelo “artístico” a imitar, por lo cual se demuestra que la visión que el caballero plantea de la realidad no está basada en una percepción errada, sino en una clara elección de imitar el mundo escrito, de implantar un modelo viviente de lo escrito en la realidad.

...cuando algún pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los únicos pintores que sabe; y esta misma regla corre para todos los más oficios y ejercicios... Cervantes, op. cit., p. 233

En estas líneas puede verse claramente como esos originales de los que habla nuestro personaje, no son ejemplos de la vida real, sino que son también obras de arte, por lo cual deja en claro que no considera sus ejemplos a imitar (los caballeros de las novelas), como reales personajes del mundo.

Otra muestra de la plena conciencia de sí y del mundo que tiene Don Quijote y que demuestra claramente en este episodio, son sus disertaciones acerca de su propia locura. No hay loco que sea conciente de su locura, y aun así tenemos aquí a uno que sí lo es. Más en sus propias palabras se contradice, y desmiente nuevamente introduciendo la duda de si su clara locura de los capítulos anteriores no era más que un fingimiento. La idea de que el personaje fingiera su locura queda descartada, por no haber sido él quien lo estableciera así en un primer momento. No se declara loco, sino que los personajes al ver su actuación, lo tildan de tal al asumir que su conducta responde a una percepción del mundo alterada. Al llegar a este episodio, se ve que su percepción está en realidad intacta, y que sus acciones son el resultado de una clara opción de interpretar lo que percibe de acuerdo al modelo de las novelas de caballerías. De esta forma, su locura no sería tal, sino tan sólo una inútil obsesión de cambiar la realidad, de imponerle al mundo un modelo al cual debe responder.

Loco soy, loco he de ser hasta tanto que vuelvas tú (...) y si fuere tal cual mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de veras, y, siéndolo, no sentiré nada. Ansí (...)saldré del conflicto (...) gozando el bien que me trujeres, por cuerdo, o no sintiendo el mal que me aportares, por loco” Cervantes, op. cit., p. 235

La cita anterior, demuestra todo aquello que antes dijéramos. Se demuestra, que su propia realidad de loco o cuerdo depende solamente de su decisión de ser una u otra cosa, y por tanto, también depende la realidad del mundo de su propia decisión.

Por último citaremos uno de los más importantes fragmentos para ilustrar cómo cambia esta demostración de la percepción del mundo en Don Quijote, al entrar en Sierra Morena.

...por lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra. Si, que no todos los poetas que alaban damas (...) es verdad que las tienen. (...) No, por cierto, sino que las mas se las fingen, por dar sujeto a sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tiene valor para serlo. Y así bástame a mi pensar y creer que la buena Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; (...) y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo. Cervantes, op. cit., p. 241

En este fragmento vemos todo aquello que hemos ido marcando a lo largo de la novela hasta hora. Si bien en un comienzo sólo podía percibirse este pensamiento subyacente, por medio de la especulación a partir de los silencios, ahora tenemos la confirmación de boca del propio personaje. Todo aquello que Don Quijote ve, lo percibe de la misma forma que todos los demás personajes, pero decide conscientemente ignorar esta lectura de la realidad, para sobreponerle una lectura basada en aquello que quisiera que fuese. A partir de estas líneas, observamos cómo Don Quijote compone su realidad partiendo de los elementos que encuentra, y transformándolos en su imaginación en aquellos objetos y personajes sobre los que tanto ha leído. Toda esta transformación de la realidad que opera a partir de su propia imaginación, la realiza para poder tener un lugar en el mundo. No es que el mundo necesite un caballero que resucite viejos tiempos, sino que el caballero necesita un mundo que esté acorde a sus características, y que le oponga experiencias digna de un personaje tal. De esta manera, la realidad es transformada desde la mente del caballero, siendo luego proyectada hacia el mundo exterior, imponiendo una visión del mismo, que no se condice con aquello que el personaje percibe. Es justamente porque lo que percibe no se condice con lo que imagina, que debe salir a instaurar una realidad, ya que si el personaje no fuese consciente de esa discrepancia, no necesitaría “resucitar” ninguna edad de oro, puesto que el mundo a su alrededor le parecería acorde a sus fantasías.

Todo esto que hemos venido marcando en la novela, se ve, sin embargo, trastocado al avanzar más allá del episodio de Sierra Morena. Cuando Don Quijote y los personajes que lo acompañan en su salida de la Sierra están en el camino, su percepción aun se ve teñida de esta ambigüedad que antes marcáramos. Sobre todo en el diálogo que tiene lugar entre el caballero y su escudero sobre la descripción de Dulcinea. Cuando esta travesía concluye en la venta, Don Quijote se vuelve un personaje al margen de la acción principal. Cuando el caballero vuelve a interactuar con sus compañeros, se nota en él un cambio radical de percepción. Ya no hay contradicciones, ni se deja lugar a especulaciones, sino que los juicios terminantes del personaje de Don

Quijote demuestran un claro cambio en su percepción. Ya no se autoengaña, sino que cree realmente en sus fantasías.

En el capítulo XXXVII, aun cuando lo que tiene ante sus ojos no ha cambiado, cree en la posibilidad del cambio de esencia de Dorotea de princesa a doncella, del que es informado por Sancho. Desmentido esto por Dorotea, el caballero cree en sus palabras y le increpa a Sancho el haberle mentado. Este episodio es clara muestra de la incapacidad de Don Quijote de leer la realidad, ya que no se fía de lo que ve, sino de lo que le dicen que es aquello que ve. Ya no hay un querer creer que las cosas son así, sino más bien una creencia sincera de que el mundo es tal cual se lo describen. A partir de la descripción que le hacen de esa realidad que lo rodea, Don Quijote establece una interpretación de los hechos en la cual cree sin dudar. Aun cuando el mundo que lo rodea muestra claras contradicciones a sus sentidos, no da lugar a dudas, ni a posibles discrepancias en las interpretaciones de cómo la realidad debe ser entendida. Si bien acepta la posibilidad de la existencia de disidencias en las opiniones acerca de la realidad, las acepta en tanto errores que todos cuantos conocen la totalidad de los acontecimientos, no podrían sino interpretar de la misma manera. “...¿Cuál de las vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viere, que juzgue y crea que nosotros somos quienes somos?...” Cervantes, op. cit., p. 375 A partir de estas líneas se puede muy claramente discernir, que la visión que Don Quijote plantea de la realidad se muestra como contradictoria a aquello que se ve. Sin embargo, no por eso el caballero deja de creer en la veracidad de la historia en la cual se cree inmerso. La fantasía se ha impuesto a la realidad, y ya no puede el caballero discernir aquello que realmente es, de aquello que él quisiera que fuese. En esta parte de la novela, el personaje de Don Quijote, ya no percibe la discrepancia entre el mundo interno de sus fantasías y el mundo externo de la realidad. Es por esto, que ya no es necesario que actúe sobre el mundo para imponer una interpretación de los hechos, ya que el mundo se percibe, en esta etapa, como coincidente con la realidad que él quiere instaurar. Incluso hechos en los cuales había anteriormente acordado en su ambigüedad, ya no se perciben como posiblemente ambiguos. “...el error en que está este escudero, pues llama bacía a lo que fue, es y será yelmo de Mambrino...” Cervantes, op. cit., p. 443 Aun cuando en la primera parte del libro, reconoce el caballero que lo que él llama yelmo es percibido por los demás como una bacía, y por tanto se presta el hecho a confusión, en esta etapa ya no da lugar

a dudas acerca de la naturaleza del objeto. Es su percepción de éste, lo que lo lleva a negar una identificación con una bacía, pues ya no puede concebir que sea visto de diferente forma.

Además de las palabras del personaje, tenemos en esta etapa la importante contribución del narrador, que guía al lector hacia un entendimiento de lo que sucede en el personaje. De esta forma, tenemos afirmaciones que guían nuestra lectura hacia la comprensión de que Don Quijote no puede concebir un mundo ambiguo, como antes lo hiciera. Si bien, las aseveraciones anteriores del personaje no daban lugar a la ambigüedad, su aceptación de la posibilidad de que existieran distintas opiniones (aun cuando esta aceptación se justificara en base a encantamientos), daba lugar para leer una ambigüedad de fondo que pudiera sostener distintas interpretaciones. Líneas como: *“...la albarda quedó como jaez hasta el día del juicio, y la bacía por yelmo y la venta por castillo en la imaginación de don Quijote.”* Cervantes, op. cit., p. 449 nos declaran la intransigencia que demuestra el personaje a la hora de categorizar la realidad. Ya no es posible la interpretación de los hechos de manera distinta, a no ser que sea sobre la base de encantamientos.

Finalmente, las palabras del propio personaje dejan ver una incapacidad de negociar interpretaciones sobre la realidad. Ya no hay lugar para los pensamientos, creencias e imaginación, sino para el saber. Los verbos se han tornado definitivamente categóricos en esta parte, y no admiten réplica alguna. *“Yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mis conciencia;...”* Cervantes, op. cit., p. 479

A lo largo del presente trabajo, hemos demostrado que la percepción del personaje de Don Quijote sufre una clara evolución. Comenzando el libro con la percepción de una realidad que desea cambiar, el caballero trata en todo momento de imponer una interpretación propia de las novelas de caballerías a todo aquello que lo rodea. De esta forma, trata de cambiar la realidad que es (y que él sabe que es) por aquélla que él desea que sea (y que él sabe que no es). Al llegar al episodio de Sierra Morena, ésta discrepancia antes nombrada, se hace patente desde las propias palabras del personaje, no teniendo ya el lector que realizar una deducción a partir de las omisiones. Es en este punto central, donde la hipótesis de que el personaje no tiene una percepción errada, se hace evidentemente cierta. Todas sus palabras se enfocan hacia el hecho de que él hará que la realidad se asemeje a lo que debería ser, dejando en claro

que no lo es. Así, una vez superada su estancia en la Sierra, Don Quijote pierde la capacidad de distinguir entre el ser y el querer ser. Es recién a partir de este punto, cuando puede decirse que su locura se basa en una percepción errada de la realidad, ya que en todo momento anterior, la percepción no estaba alterada. Su locura en todo caso (en las etapas anteriores) podía justificarse en la creencia de que podía imponer la fantasía a la realidad, cambiando definitivamente ésta última.

ⁱ Cervantes, Miguel de. *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Editorial Sol 90, p. 60